

Pistas de Francisco para la catequesis

Uno de los grandes temas de fondo que estructuran el mensaje del Papa Francisco es el de la *autorreferencialidad*, que define a un sujeto o a un grupo que se contempla a sí mismo, que se encierra en la inmanencia de sus estructuras y sólo se preocupa por sus propios intereses. De este modo, esa persona o ese grupo se convierten en reductos sin fuerza evangelizadora. Eso le puede pasar también a la catequesis: volverse autorreferencial y perder impacto, clausurada en sus logros pasados, en su propio lenguaje, o en su pretensión de ser un grupo de sabios incomprendidos por una masa ignorante.

Como contrapartida, el Papa nos invita a un dinamismo de salida, motivado por la Revelación:

“En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12,1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: «Ve, yo te envío» (Ex 3,10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf. Ex 3,17).” (EG 20).

Lo que algunos nos achacan a los agentes pastorales es que no se nos ve claramente “en salida”, como si no tuviéramos reacción, como si estuviéramos adormecidos y sin ganas de responder sinceramente a esta propuesta. Pero no nos quedemos en este diagnóstico negativo y preguntémosnos: ¿Cómo se plantean en positivo los desafíos que Francisco propone a la catequesis? Deberían ser diversas formas de salida. No me refiero sólo a la salida misionera, porque sería reductivo. La “salida” o autotrascendencia, es una categoría antropológica, propia de una experiencia auténticamente humana, y se manifiesta concretamente de formas muy diversas. Karl Rahner lo expresaba de la siguiente manera:

“En cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo... El corazón se posee verdaderamente a sí mismo en cuanto se olvida de sí mismo en el obrar, en cuanto que sale, y perdiéndose se posee verdaderamente”.¹

“En cualquier caso”, es decir, más allá de las actividades concretas que uno realice, más allá del propio temperamento. Se vive con diversos estilos, en diferentes vocaciones, en cualquier tarea. Veamos ahora las diversas formas de “salida de sí” a las que puede estar llamada la catequesis.

1) La salida de sí hacia el Maestro.

Es importante comenzar con esta salida, para advertir desde el comienzo que no se trata de una mera extraversion, o de un desborde activista. Salir de sí en este caso es detenerse a prestar atención y escuchar al Maestro, recibir de él. Esa es en definitiva la experiencia discipular. Veamos como expresa Francisco, retomando Aparecida, esta liberación de la autorreferencialidad, cuando nos dejamos sacar de nosotros mismos:

¹ K. RAHNER, *El año litúrgico*, Barcelona 1966, 28.30.

“Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero” (EG 8).

Aquí hay una paradoja que no se acepta fácilmente: la plenitud vital, la realización personal, sólo se logran dejándose llevar más allá de sí mismo. Volverse receptivo, dejarse enseñar, dejarse transformar, es la forma radical de salir de sí: es ser sacado de sí mismo. Por eso la categoría de “discípulo” no puede entenderse nunca en sentido elitista, triunfalista o individualista. Implica más bien el reconocerse siempre necesitado, nunca seguro, nunca instalado, porque es un constante “dejarse transformar en Cristo” (EG 162)

La conversión discipular es un empeño constante. Necesitamos aprender siempre más del Maestro, dejarnos herir siempre por su Palabra, dejarnos guiar cada vez más por el Espíritu. La catequesis será viva, convincente, siempre renovada, en la medida en que se nutra de esta salida radical.

Sin embargo, puede haber un modo de concentrarse en la Palabra de Dios que no nos hace discípulos, sino que nos vuelve más autorreferenciales. Sucede cuando la Palabra se convierte en una especie de posesión. Creemos conocerla ya, y entonces simplemente la administramos. Francisco llama a este grave riesgo “adoctrinar” el Evangelio, es decir “convertirlo en piedras muertas para lanzarlas contra los demás” (AL 49). Cuando la Iglesia institucional cae en esto, termina paralizando la sed de Dios que hay en el pueblo.

No hay nada peor para un catequista que ese “acostumbramiento” a una Palabra domesticada. La Palabra ya no sorprende, ya no moviliza, ya no despierta deseo ya no es luz en mi sendero y más dulce que la miel; resulta como algo demasiado escuchado, ya poseído, ya dominado, porque ha dejado de ser la experiencia personal de escuchar a alguien que amamos, dejó de ser el encuentro con ese Otro que nos arranca de la autorreferencialidad:

“El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión” (EG 266).

2) La salida hacia la simplicidad del Evangelio

Hay otra “salida” íntimamente unida a esta primera, que de algún modo la protege y la libera de aquel adoctrinamiento paralizante, porque “el problema mayor se produce cuando el mensaje que anunciamos aparece entonces identificado con esos aspectos secundarios que, sin dejar de ser importantes, por sí solos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo” (EG 34).

Se trata de una salida hacia *el corazón* del Evangelio, de manera que “el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo

más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante” (EG 35).

Este corazón es el *kerygma*, que “también en la catequesis tiene un rol fundamental” porque su prioridad no significa “que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos” (EG 164).

Esta vuelta constante al asombro del *kerygma* no debe entenderse como una pérdida de solidez doctrinal, porque “nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio” (EG 165). Entonces, el peor riesgo de la catequesis es haber reemplazado este anuncio por una compleja instrucción doctrinal. La catequesis es propuesta sistemática al servicio del crecimiento en la vida cristiana, pero busca ante todo una mayor penetración en este núcleo del Evangelio más que agregar más y más información. Por eso ya no podemos decir que hoy hay que anunciar el *kerygma* porque el pueblo está descristianizado, sino porque si lo olvidamos o debilitamos, nosotros mismos nos descristianizamos.

Nos cuenta asumir que la catequesis no es un desarrollo que deja atrás el *kerygma*. Ya decía san Juan Pablo II en *Catechesi Tradendae* que en la catequesis sistemática el *kerygma* “se profundiza poco a poco, se desarrolla en sus corolarios implícitos” (CT 25) y que en definitiva “el mismo mensaje –Buena Nueva de salvación– oído una y mil veces, se profundiza incesantemente en la catequesis” (CT 26). Debe notarse que es el mismo *kerygma* que se desarrolla, que se explicita de múltiples formas, que tiñe y atraviesa todo. Si es así, ya no se puede hablar de la creación de la misma manera, ya no se puede hablar de la ética como si fuéramos meros estoicos, ya no se puede desarrollar ningún tema como si no lo atravesara el *kerygma*. Todo tema adquiere sentido tanto desde el *kerygma* como para el *kerygma*.

Es interesante advertir cómo el Papa aplica esto a todas las formas de catequesis, también a la catequesis prematrimonial:

“No se trata de darles todo el Catecismo ni de saturarlos con demasiados temas. Porque aquí también vale que ‘no el mucho saber harta y satisface al alma, sino el sentir y gustar de las cosas interiormente’. Interesa más la calidad que la cantidad, y hay que dar prioridad –junto con un renovado anuncio del kerygma– a aquellos contenidos que, comunicados de manera atractiva y cordial, les ayuden a comprometerse en un camino de toda la vida ‘con gran ánimo y liberalidad’ (AL 207).

En esta línea, conviene asumir la insistencia de Francisco en la jerarquía de verdades que nos permite concentrarnos en los grandes temas básicos, cuatro o cinco ejes flexibles, renunciando al enciclopedismo. En todo caso, la riqueza armoniosa del conjunto del Evangelio se percibirá siempre en torno a esos grandes temas centrales que conforman el *kerygma* más de cerca: el amor

incondicional del Padre, la Pascua, el encuentro personal con Jesucristo que nos salva, la confianza en la acción del Espíritu. Estos ejes deberían reaparecer permanentemente, en orden a profundizar y arraigar cada vez más una experiencia de ese amor que libera. Así, cada tema que se trate aportará algo nuevo que permita anunciar el *kerygma* de una forma diferente para que el catequizando se adhiera cada vez más a Jesús, su redentor vivo.

Cuando Francisco plantea la jerarquía de verdades en torno al *kerygma*, no nos previene sólo del enciclopedismo, sino también de la absolutización de un modo de usar la razón. Porque así se termina canonizando “una” razón, una manera determinada de razonar, una filosofía a la que deben someterse el Evangelio, el *kerygma* y toda la Iglesia. Pero el anuncio no se puede encerrar en una filosofía porque la propuesta del Evangelio “no es una ética estoica, es más que una ascesis, no es una mera filosofía práctica ni un catálogo de pecados y errores” (EG 39). Si se absolutiza un determinado modo de usar la razón, sólo podrán interpretar la Revelación quienes poseen esa estructura mental. Ahí aparece el “gnosticismo” o el “pelagianismo intelectual” que rechaza Francisco. En ese esquema, las Escrituras finalmente sólo sirven para ilustrar la lógica propia de “esa” razón, administrada por un grupo de eticistas, que ni siquiera aceptan que el Papa pueda enseñarles algo.

3) La salida hacia el otro en el amor

Lo dicho no puede entenderse de modo individualista, porque en ese caso no se trataría de una verdadera autotrascendencia. Por eso Francisco, aun en un documento dedicado al anuncio del Evangelio (EG), no pudo evitar colocar un capítulo sobre la dimensión social del *kerygma*. El encuentro con Cristo siempre nos compromete con su Reino, pero no como un imperativo normativo, sino a partir del sincero y convencido reconocimiento del otro.

Dice Francisco, retomando Aparecida, que la exigencia del don de sí a los demás es una ley inserta en la misma realidad humana: “la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros” (EG 10). “Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla. Por eso, quien quiera vivir con dignidad y plenitud no tiene otro camino más que reconocer al otro y buscar su bien” (EG 9).

La Revelación explicita esta realidad y sus motivos más hondos. Francisco lo resume en una especie de “*kerygma* moral” cuando dice: “El Evangelio invita *ante todo* a responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos. ¡Esa invitación en ninguna circunstancia se debe ensombrecer! Todas las virtudes están al servicio de esta respuesta de amor” (EG 39).

Esto ocurre en definitiva porque el ser humano fue creado de tal modo por la Trinidad, que está llamado a reproducir el dinamismo trinitario, donde “Dios está presente en la voluntad como lo amado en el amante, y como *inclinando* hacia el amado” (S. Tomás, CG IV, 19). En la descripción que hace Santo Tomás sobre la caridad también hallamos esta idea de la “inclinación hacia”:

“La caridad importa cierta unión afectiva entre el amante y el amado, en cuanto el amante se mueve hacia el amado considerándolo como uno consigo” (ST II-II, 27, 2).

La catequesis no puede ignorar esta centralidad y este primado de la caridad fraterna, esta especie de *kerygma* moral, que debe llevar a entender la catequesis como *formación para la caridad*. En todo caso, las verdades de fe deberían ser presentadas de tal modo que terminen estimulando la salida de sí hacia el otro. Pero nos falta acoger con mayor consistencia que la catequesis es “formación” más que “instrucción”. Esta distinción, ya muy asumida en la formación sacerdotal y en otros ámbitos, no termina de asumirse prácticamente en la catequesis. Francisco lo plantea explícitamente:

“No sería correcto interpretar este llamado al crecimiento exclusiva o prioritariamente como una formación doctrinal. Se trata de «observar» lo que el Señor nos ha indicado, como respuesta a su amor, donde se destaca, junto con todas las virtudes, aquel mandamiento nuevo que es el primero, el más grande, el que mejor nos identifica como discípulos” (EG 116).

Esto es muy serio, porque tiene que ver con el camino de salvación de la persona, ya que la caridad es la única virtud propiamente meritoria, y en ese sentido es la forma, la madre, la reina y la raíz de todas las virtudes: “Aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad nada soy” (1 Co 13, 2). Por eso el Papa propone siempre la “*via caritatis*”: “En cualquier circunstancia, ante quienes tengan dificultades para vivir plenamente la ley divina, debe resonar la invitación a recorrer la “*via caritatis*”. La caridad fraterna es la primera ley de los cristianos” (AL 306). Porque “es evidente que cuando los autores del Nuevo Testamento quieren reducir a una *última síntesis*, a lo más esencial, el mensaje moral cristiano, nos presentan la exigencia ineludible del amor al prójimo” (EG 116).

4) La salida misionera

Hay otra *salida* que necesita la catequesis. Es la salida misionera. Interesa remarcarlo porque la catequesis suele tener la tentación de la comunión cerrada y endogámica, propia de pequeños grupos de selectos. Pero, dice Francisco, “la intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera” (EG 23)

Estamos acostumbrados a una distinción entre misión y catequesis, como si el misionero tuviera la función de convertir a las personas, y posteriormente llegara el catequista a formarlos. La enseñanza de Francisco nos invita a romper esa distinción rígida y a permitir que la catequesis quede invadida por el impulso misionero.

Esto significa que los catequistas no pueden quedarse conformes sólo con ese grupo de personas que asisten a sus encuentros catequísticos. Ya no pueden pensar que otros son los responsables de atraer a la gente y que ellos tienen la función de quedarse sentados esperándolos. En la comunidad eclesial nadie, ni

siquiera el sacerdote, puede optar por ese estilo de trabajo. Toda la comunidad está a la búsqueda, para que nadie se quede sin el tesoro del Evangelio.

Un catequista que asumió el llamado misionero camina al encuentro de los que no vienen, se preocupa por llegar a los alejados, colabora en iniciativas misioneras. Además, no se queda en la persona del catequizando, sino que es capaz de llegar a su familia con el *kerygma*. Junto con toda su comunidad se esfuerza creativamente por pensar y buscar los caminos para llegar a todos.

Al mismo tiempo, cuando despierta en los demás una experiencia de fe, se orienta a provocar en ellos una reacción misionera, porque “todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús” (EG 120). La catequesis debe ser un espacio donde se estimulen las más variadas formas de salida misionera.

5) La salida hacia las periferias culturales y existenciales

El Papa Francisco ha dado un nuevo color a esta salida misionera, invitándonos a llegar a los bordes, a esas periferias existenciales que rompen todos los esquemas de la catequesis y la colocan más decididamente en salida: “Todos somos invitados a aceptar este llamado: *salir* de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20). Se trata sobre todo de las periferias culturales, no pensadas desde un esquema comunitario territorial, sino trascendiéndolo.

Si el catequista no está en salida hacia las periferias, atento a ellas, pronto deja de ser eficiente: tiene una metodología, tiene un estilo, pero no llega, no se conecta, le falta una percepción empática de la realidad a la que debe dirigirse, porque en definitiva esa realidad está encarnada en el catequizando. Hace falta entonces superar las distancias que imponen los límites del otro y acoger con gratitud el bien posible:

“La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario... Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites” (EG 24).

Por tratarse de un auténtico diálogo evangelizador, el catequista aprende de las periferias. Porque cada ser humano, aunque aparentemente no sepa nada, aunque no exprese doctrinas o no pueda expresarse bien, es un tesoro que me puede enriquecer. El Maestro me ilumina y me enseña cosas nuevas, o me recuerda cosas que he olvidado, a través de esas periferias. Desde esas periferias que me sorprenden, recibo estímulos para explicitar otros aspectos de la inagotable riqueza del Evangelio. Las periferias culturales son nuevos espacios donde es posible una inculturación, una reexpresión, del Evangelio. Y toda inculturación finalmente enriquece a la Iglesia, porque hace posible una nueva síntesis vital, un nuevo rostro donde puede expresarse el Evangelio.

Para que esto suceda, advertimos que no se trata sólo de reflexionar sobre esas periferias, sino de empezar tomando contacto con ellas. Si las redes

sociales y las técnicas de comunicación a veces nos alejan de la carne de esas periferias, Francisco invita a superar ese límite de lo virtual para “correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo” (EG 88).

En esta salida a las periferias culturales y existenciales se desarrolla el arte del acompañamiento, que es “quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro” (EG 169). De ese modo, a partir de una “escucha respetuosa y compasiva, se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento” (EG 171).

6) La salida hacia el pueblo

Estamos hablando de una catequesis en salida. Pero falta algo, porque para entender a Francisco necesariamente hay que hablar de “pueblo”. La noción de pueblo está unida a la de “cultura” o “culturas”, e incluye esas “megatendencias” que van más allá de los individuos, y que tienen que ver con un dinamismo cultural amplio.

Hoy es difícil hablar de pueblo porque fácilmente seremos tildados de “populistas”. Algunas concepciones de la libertad insisten en la autonomía del individuo y sienten rechazo hacia todo lo que pueda ser entendido como “masa” anónima. Pero en realidad la idea de pueblo es la única manera de lograr una verdadera liberación del individualismo enfermizo que nos caracteriza hoy. Por eso el Papa invita no sólo a que nos entendamos como pueblo, sino que sintamos el “gusto de ser pueblo”.

Francisco propone romper la autorreferencialidad desarrollando ese gusto por los lazos que nos unen con todos, por aquello que tenemos en común con los demás, gestando así no la “obligación del encuentro” sino la “cultura del encuentro”. Sólo así es posible generar pueblo y no una mera suma de individuos. Para ello, en el contexto de hipercomunicación individualista que caracteriza a este tiempo, Francisco nos llama a desarrollar una hipercomunicación que nos vincule, una mística de vivir juntos:

“Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación” (EG 87).

Sin embargo, junto con la abundancia de recursos de comunicación, hoy se está desarrollando una especie de huida de los demás. El ser urbano está en huida. Huye hacia la libertad de la privacidad. Por ejemplo, huye del trabajo hacia su casa. O huye los fines de semana. O huye en las vacaciones. Es como un gran anhelo: irse de los límites y del caos. No necesariamente es huir hacia Dios, en el sentido de la *fuga mundi*. Es irse hacia la autonomía que fácilmente degrada en pura inmanencia: “El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a

Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo... o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro" (EG 89)

Esta huida tiñe las relaciones interpersonales, marcadas por cierta sospecha, desconfianza, temor de ser invadidos, que acaba en fragmentación y en soledad malsana. Aun los agentes pastorales y los sacerdotes, viven el miedo de ser comidos, de quedarse sin tiempo personal, constantemente defendiendo su privacidad, lo cual "lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad" (EG 78).

Allí el "gusto de ser pueblo" desaparece por completo. Así se desarrolla el "relativismo práctico" del que habla Francisco: "Vivo como si la pobreza no me interesara". "Vivo como si el bien común no me interesara". "Vivo mi vida como si la evangelización no me interesara". Mis hábitos, mis actividades, mis opciones gritan que no me interesa nada. Y cuando puedo, huyo, escapo hacia ese espacio de plena autonomía donde yo decido lo que hago con mi tiempo, elijo las actividades gratificantes que quiero hacer y nadie me molesta. Es una huida del pueblo, es una opción por el "no-pueblo".

Por eso Francisco insiste en despertar la mística de vivir juntos. Supone que los agentes pastorales asuman esa mística que impulsa a estar cerca, a meterse en la multitud, a sentarse a conversar gratuitamente. En cambio, "si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo" (EG 273).

7) La salida hacia la inseguridad

Hemos visto hasta ahora una catequesis en salida en torno a dos polos: La Palabra y los demás. Veremos ahora otras dos formas de salida que tienen que ver con aspectos del ejercicio de la tarea catequística.

Hay una salida hacia la inseguridad. Quien asume la función de formar a otros, suele buscar seguridades donde apoyarse, tanto desde el punto de vista de los contenidos como de la metodología. Sin embargo, no le queda más que asumir que está trabajando con dos misterios que se le escapan de las manos: uno es el de los corazones humanos, y otro es el de la misma Palabra: "La Iglesia debe aceptar esa libertad inaferrable de la Palabra, que es eficaz a su manera, y de formas muy diversas que suelen superar nuestras previsiones y romper nuestros esquemas" (EG 22).

Se vuelve necesario, entonces, aceptar esa inseguridad y navegar mar adentro sin pretender demasiadas previsiones. Por esta misma razón, la catequesis debe estar siempre abierta a una reforma "capaz de transformarlo todo", en lugar de concentrarse en la "autopreservación" (EG 27). Se trata de una actitud constante de apertura a la reforma, para buscar siempre caminos nuevos que permitan llegar al otro.

Pero nos gusta tener un manual. Yo recuerdo que estaba enamorado de un pequeño manual de catequesis que usábamos en los años ochenta: “Dios nos llama a crecer”. Durante un tiempo cumplió su función, y parecía algo realmente innovador, adecuado a tiempos nuevos. Pero pasó. Además, a veces el manual termina congelando la Palabra, y perdemos la sensibilidad y la creatividad para penetrar en el misterio de esas personas concretas, que van por nuevos caminos. Por eso Francisco reclama que mantengamos una “sensibilidad espiritual para leer en los acontecimientos el mensaje de Dios” (EG 154), para reconocer lo que Dios quiere decir, no en abstracto, sino “en una determinada circunstancia” (*ibíd.*) donde él hace oír su llamado. No hay manual para eso. Esto mismo confirma que la catequesis no puede ser monocolor, uniforme, igual en todas partes. Por eso decía san Juan Pablo II que “la variedad de los métodos es un signo de vida y una riqueza” (CT 51).

En medio de esta “inseguridad” a la que nos arrojan el misterio de la Palabra y el misterio del ser humano, Francisco reconoce que “nos hace falta una certeza interior y es la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos” (EG 279). Es lo que llama “*sentido de misterio*”. Es saber sin dudas “que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo... pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor” (*ibíd.*).

8) La salida hacia un nuevo lenguaje

Finalmente, recordemos que el catequista es un comunicador. Por eso para él la cuestión del lenguaje es fundamental. Pero tratar de expresarse en el lenguaje del otro no es fácil, porque nos aferramos mucho al propio lenguaje. Es una verdadera “salida de sí”, porque el propio lenguaje nos da seguridad, y tener que expresarse en el lenguaje del otro es un cierto desarraigo.

Esto exige que la formación continua del catequista sea más sólida de lo que pensamos. No necesita sólo un conocimiento acabado de la doctrina segura de la Iglesia. También debe poder distinguir lo que es Revelación y lo que es ropaje cultural, el núcleo de la doctrina y el lenguaje que la expresa.

Los existencialistas de segunda generación ya no sólo hablaban de un “acontecimiento existencial”. Comenzaron a prestar especial atención al lenguaje, y empezaron a hablar de un “acontecimiento lingüístico”. Así indicaban que siempre que surge una experiencia humana auténtica, brota al mismo tiempo un nuevo lenguaje que la expresa. Mientras no se produzca ese “acontecimiento lingüístico”, el “acontecimiento existencial” no será pleno. Desde este punto de vista, la cuestión del lenguaje deja de ser algo secundario. La propuesta de una determinada experiencia necesita, a su vez, de un lenguaje adecuado para estimularla y arraigarla en estos sujetos concretos.

Por eso Francisco dice que “hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra, las formas diversas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales, e

incluso aquellos modos no convencionales de belleza, que pueden ser poco significativos para los evangelizadores, pero que se han vuelto particularmente atractivos para otros” (EG 167).

Francisco entiende la “mistagogía” en este sentido amplio, de incorporación en un proceso donde las personas logran entrar con su vida entera:

“El encuentro catequístico es un anuncio de la Palabra y está centrado en ella, pero siempre necesita una adecuada ambientación y una atractiva motivación, el uso de símbolos elocuentes, su inserción en un amplio proceso de crecimiento y la integración de todas las dimensiones de la persona en un camino comunitario de escucha y de respuesta” (EG 166).

Este aspecto mistagógico en su sentido amplio invita a crear nuevos lenguajes también por fidelidad al Evangelio, porque “cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EG 11).

Pero para hacerlo conviene estar atentos a las grandes tendencias espirituales de hoy. Por un lado, está la exaltación neopentecostal, donde encontramos un Dios personal omnipotente y disponible. Por otro lado, las formas de neobudismo occidental, en un inmanentismo vacío de un Dios personal. Pero en ambos casos son propuestas religiosas del consuelo, al servicio de una experiencia vital satisfactoria. Invitan a trascender los límites cotidianos en una experiencia que saque a la persona de los límites que la condicionan.

Lo curioso es que estas distintas formas de experiencia espiritual terminan siempre buscando algún tipo de expresión ritual o simbólica (velas, incienso, objetos, cuencos, esencias, canciones, gestos, etc.). Por otro lado, están las formas propias de la religiosidad popular, que la catequesis puede asumir con más facilidad porque son más encarnadas y personales. Luego están los símbolos propios de las distintas subculturas juveniles, por ejemplo. Los catequistas no pueden ignorar esta necesidad, y buscan, en una constante salida, los símbolos, los gestos expresivos, los signos, los lenguajes testimoniales que permitan al Evangelio encarnarse de nuevo.

Intentemos reavivar ese gozo tan intenso de poner nuestra catequesis realmente en salida, como nos propone Francisco.

Víctor Manuel Fernández